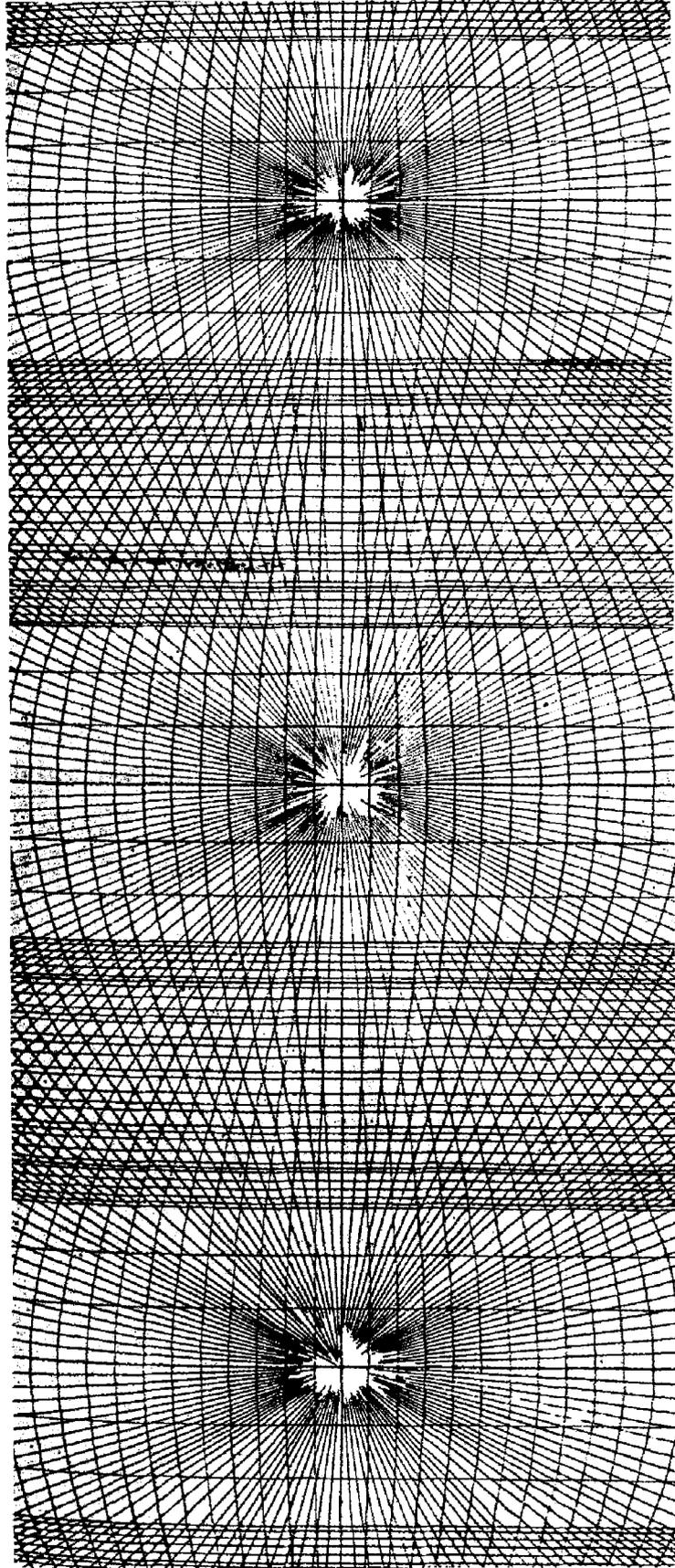


BIBLIOTECA



Escher: Grille pour *Cage d'escalier*

Esas pequeñas cosas de Francis Ponge*

La editorial Icaria ha publicado recientemente *La rabia de la expresión* de Francis Ponge, un conjunto de cuadernos que fueron escritos en 1952 y que ahora Miguel Casado ha vertido al español. Conocido ya por los lectores de nuestro país –tanto por los que lo consideran un autor fascinante como por aquellos que lo hermanan a las últimas tendencias «incomprensibles» de la poesía francesa–, la escritura de Francis Ponge sigue siendo un vasto territorio por explorar para la lengua española, un territorio, por otro lado, muy escarpado y que plantea innumerables dificultades al mejor traductor. Sin embargo, resulta bastante atinada ésta de Miguel Casado, quien se preocupó no sólo de cotejar versiones y sopesar las variantes que le propusieron otros traductores a quienes pidió consejo, sino también de impregnarse él mismo de la escritura del autor francés –una red finísima, delicada, pero expansiva, en la que muchos lectores hemos quedado atrapados–. De ahí su

* Francis Ponge, *La rabia de la expresión, traducción y prólogo de Miguel Casado, Icaria, Barcelona, 2002.*

«Espiral para un Ponge», el amplio prólogo de esta edición que, con el buen hacer que le caracteriza, constituye una aproximación teórica ciertamente valiosa a su poética. El comentario más honesto a esta publicación debiera venir –habida cuenta de la naturaleza esencialmente lingüística de la obra pongeana– de un especialista en esta rama científica, sea en aspectos de significado como de origen, formación y evolución de los vocablos, o incluso en estética, dado que desde esta óptica se han obtenido los estudios más reveladores sobre las consecuencias del predominio del lenguaje en las últimas manifestaciones artísticas de la modernidad y las más recientes de la postmodernidad. Me atrevo, no obstante, a intentarlo porque supone un reto muy seductor hacerlo con las simples herramientas del lector, pero también porque en estos textos se descubre, antes o después de muchas cosas, un compromiso con la naturaleza, y no hablo de la exuberante de las utopías insulares ni de la que se impone a la fragilidad del individuo con toda su energía destructora. Una mimosa, una avispa, un clavel o un pájaro son insignificancias para el hombre moderno, seres vivos que pasan por completo desapercibidos o, simplemente, no existen en la selva impenetrable –de asfalto, luces, anuncios y ruidos– de nuestras ciudades. Una mimosa, una avispa, un clavel o un pájaro son esas pequeñas instantá-

neas que deleitan a los espíritus sensibles, esos ínfimos detalles que con su solo estar, su color o su canto alcanzan a decir tantas cosas, esos primores fugitivos del mundo natural que procuran el olvidado asombro de estar vivos del poeta. Porque Francis Ponge conserva intacta esa capacidad de asombro, la misma que Wittgenstein o Eugenio Trías, entre otros, declararon –por la rutina de la novedad– definitivamente agotada en las sociedades modernas.

Como se apuntó más arriba, la tensión y el desencaje constitutivo del arte actual nacen de una preocupación por el lenguaje que en el espacio de la poesía adquiere las proporciones de una auténtica crisis. De aquí a la seducción del poema por la imagen pictórica, a la contaminación de toda estética en exceso homogeneizadora o purista, a la adopción de soportes ajenos a lo habitual o a la reciente disolución del arte en el ámbito de los medios de comunicación de masas, hay sólo un paso. La poesía de Francis Ponge forma parte de esta hibridación moderna de los lenguajes artísticos y se apunta a «contar historias» –por decirlo de alguna forma– con todos los recursos posibles. En todo caso, se basta y sobra con sólo uno de estos recursos externos a su naturaleza –la visualidad de la pintura–, y de otras estrategias distorsionadoras que obtiene combinando el uso figurado del lenguaje propio de la poesía con un registro lingüís-

tico bastante extraño a ella –el científico-técnico– y una función del lenguaje –la metalingüística– también distinta de sus propósitos principalmente expresivos.

«El poeta (es un moralista que) disocia las cualidades del objeto y luego las recompone, como el pintor disocia los colores, la luz y los recompone en su tela».

En esta frase perteneciente a «Notas tomadas para un pájaro», el poeta francés se compara con el pintor contradiciendo el orden lógico del mundo y redistribuyéndolo libremente en la tela o el papel blancos pero, asimismo, querrá pintar con palabras aquella mimosa, avispa, clavel o pájaro, más allá de decirlos querrá mostrarlos, y con toda la minuciosidad de un lienzo realista. Porque ambas, poesía y pintura hermanadas, tienen en común su mirada al mundo y juntas han competido a lo largo de la historia por el mejor y más perfecto registro de todas sus maravillas. La ilusión de presencia de la poesía de Francis Ponge, el anhelo de convertirse las palabras, los enunciados, la escritura misma en aquello que una y otra vez convocan –en mimosa, avispa, clavel o pájaro– se enriquece así de la visualidad que faltaba a la palabra. Pero será en este punto donde surja el escollo, cuando por una pieza falle la coherencia de todo el sistema: el movimiento sucesivo del signo a la cosa y de la